

Tomás J. Reyes

EL LECTOR PERFECTO



EL LECTOR PERFECTO

Tomás J. Reyes



Ediciones Albores

EL LECTOR PERFECTO

1ª Edición: Sevilla a 01 de Marzo de 2022

©Copyright de la obra: Tomás J. Reyes

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Portada interior: Fulvio Fernández

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-18851-95-7

Depósito Legal: SE 767-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

*“Los eruditos son los que han leído en los libros;
pero los pensadores, han leído en el libro del universo”*

A. Schopenhauer

I

Miré por la ventana y vi a R en la entrada del edificio. Se lo dije al psiquiatra y esperé a que hiciera algún gesto o dijera algo, pero permaneció con la vista clavada en un reloj mural sin manecillas. Era mi primera visita, la actitud del médico me descolocó, aunque, luego, me sentí con ciertas libertades y aproveché para explorar la pecera junto a la muralla.

Comprendí la razón de aquel cubo transparente en plena consulta. Me relajaban los movimientos de los pececitos entre las algas falsas y el coral de plástico. Bastaron unos cuantos segundos de relax y me desembaracé. Le confesé al doctor que R me seguía como si le debiera algo importante, algo que necesitaba recuperar por las buenas o las malas, sin embargo, él continuaba mirando aquel reloj insulso.

Estuve a un segundo de largarme para no volver, pero, como si supiera con exactitud lo que pasaba por mi mente, intervino con la misma voz cavernosa y amable que me saludó a la entrada. Preguntó si realmente le debía algo al tal R, o era solo un modo de plantear el asunto. Pensé que había entendido poco o nada del expediente que tenía entre manos, aunque, más por cortesía que por creer en el cometido del médico, le aseguré que a R no le debía cosa alguna y que apenas nos conocíamos.

Lidiar con psiquiatras no ha sido fácil, he pasado demasiados años en tratamiento y creo conocerlos lo suficiente como para saber que dicen casi nada y oyen solo una parte: lo que les sirve para clasificar al tipo raro que tienen al frente. Además, les he pagado dinerales por su compañía, para que escucharan y compartieran, pero me han tratado como a un paciente cualquiera: un par de recomendaciones, dos recetas y hasta la próxima.

Sin embargo, había escuchado buenos comentarios del doctor Facundo Fuentealba, por eso lo elegí. Decían que era diferente, que los años lo habían transformado en una persona más humanitaria, en alguien que realmente escucha. Ha demostrado

actitudes distintas, lo reconozco, algo en el modo de acoger al paciente, en la manera suave de hablar, como si te invitara. No miento cuando digo que, por primera vez, me han dado ganas de volver a la consulta y decir lo que creo, imagino o siento.

Es más, me sentí acogido desde ese primer día. Por eso dejé de mirar los pececillos y fui hasta el sillón que me fue asignado, por eso y porque, de pronto, pareció como si se hubiera activado algo en la mente del médico, me miró de lado y preguntó:

—¿Desde cuándo le visita R?

—No sé —quise ganar unos segundos y contabilizar un tiempo que me había parecido larguísimo, pero que, en la realidad, no pasaban de ser unos cuantos meses.

—Siete meses —no tenía la certeza.

—¿Está seguro? —una pregunta que parecía tan simple, me descolocó y demoré varios minutos en responder.

—No lo sé. Es posible que lo haya visto mucho antes, no puedo precisarle cuando. —balbusié.

—¡Usted le teme a R! —me apuntó con el índice.

—Al principio le temía mucho, pero fui acostumbrándome a sus apariciones —susurré, como si no quisiera que alguien más escuchara —el temor vuelve cuando R se torna impredecible, maligno, aparece donde no puede ni debe, se burla, no sé.

—No entiendo esa visita tan rara —me recorrió con la vista, como si recién se enterara de mi presencia.

—Apenas me habla.

—¿Cómo que no habla?

—Lo hace, pero en un idioma casi incomprensible.

—Ah, y usted deduce que le cobra alguna cuenta desconocida —se tocó la cabeza, primero, luego, la barba blanca, bien recortada.

Pero las sesiones con Facundo Fuentealba no siempre fueron diálogos como el que acabo de referir, las más de las veces yo hablaba y él intervenía con una o dos palabras, como para guiar la conversación o la confesión hacia los terrenos que le

parecían más convenientes. Así logró que le hablara de mi familia destrozada, mi pasión irrestricta por la lectura y mi casa repleta de libros.

—Soy el más egoísta de todos los egoístas —le dije con desgarro— me hundo en el placer que me provocan los libros sin preocuparme de nada ni nadie.

Además, le acepté lo que nunca le hubiera aceptado a otro médico: poner por escrito la memoria de mi relación con el mundo. No sé si lo pidió en la tercera o cuarta sesión, yo golpeaba con el índice el vidrio de la pecera observando a los pecillos naranjas que huían y a los amarillos que no, luego lo miré de reojo y le dije:

—Sería bueno medir de alguna manera lo estúpido que he sido, comparar mi vida con la de otros.

—No tiene que ser tan duro —se revolvió en el asiento — no es necesario ponerse en el lugar de los acusados.

—No se trata de ser duro, sino justo.

—No es un juicio, tampoco una autobiografía —de pie y con voz firme —redacte un informe de hechos con significado personal, sin método.

—No sé si pueda.

—Inténtelo —insistió —Es parte importante de su tratamiento. Necesita pensarse y no tiene por qué mostrar a nadie sus escritos, ni siquiera a mí.

Siguiendo las instrucciones del doctor, hoy me siento frente al escritorio vacío y las murallas repletas de libros. Partiré señalando que mi nombre es Gabriel Santillán y que fui un muchacho como cualquier otro hasta que mis padres me dejaron. Allí comenzó todo. Sepan, también, que cumplí cuarenta y cinco años el mes pasado, no tengo esposa ni hijos y no trabajo como los demás. Mi razón de vida son los libros, sobre todo los de ficción. Emulando a Neruda, los leo, los mastico, los trago, los acaricio, los guardo, los acumulo. He vivido para leer lo que otros han soñado y quiero que lo sepan los lectores de estas páginas, no me arrepiento.

II

Guardo unas cuantas escenas sueltas de mis primeros años, escenas que no hacen más que confirmar la vida del burguesito estúpido que fui y sigo siendo. Esos trajecitos de marinero con zapatos y calcetines blancos. Esas visitas a los amigos o parientes lejanos, esas fotografías en la plaza con las tías solteronas, esas estúpidas presentaciones en sociedad.

Recuerdo a mi madre dejándose caer sobre la cama después de una discusión con papá, discusión de la que oí solo los gritos finales y, luego, el llanto, que duró un día completo y quizá dos o tres. La abracé cuando estaba dormida sobre una colcha amarilla y le besé el pelo. Tengo su imagen y su olor grabado a fuego en la memoria profunda.

También, recuerdo la cara de la abuela leyéndome cuentos antes de dormir, los típicos cuentos de príncipes, princesas y dragones. Todavía escucho su voz tratando de explicar lo incomprendible para un niño de cuatro o cinco años. La abuela murió poco tiempo después, pero de eso no tuve ni la más mínima noción. Dejó de venir a casa y nadie me explicó nunca el motivo, hasta que yo mismo, con el paso del tiempo, lo comprendí.

Recuerdo el antejardín con sus enredaderas y sus rejas de lanza. Allí, me escondí cuando derramé un vaso de leche sobre el mantel bordado por la abuela, un mantel que mamá usaba solo los domingos. Allí, tirado sobre el pasto, leí mis primeros cuentos y, más tarde, lloré sobre las páginas de *El ruiseñor y la rosa*.

Miraba jugar a los demás niños en la calle, solo miraba. Más de una vez, ellos se acercaron a pedirme que saliera y yo me quedaba en silencio, como si estuvieran en una dimensión distinta o a una distancia inalcanzable. Para mí no eran personas reales, ahora lo sé, los veía cual si fueran seres de juguete o una